



Capítulo 286

«¡Vaya...!».

Todos los miembros del grupo exclamaron con asombro al llegar a Sunju.

Era porque la ciudad tenía un aspecto impresionante.

Incluso la fortaleza exterior y los edificios de vivos colores que había en su interior parecían más obras de arte que simples construcciones arquitectónicas.

Todos se quedaron boquiabiertos, incapaces de contener su asombro.

Pronto, Alon se situó frente a la puerta principal que daba acceso a Sunju.

«¡Saludamos a la gran raza!».

Una vez más, pudo sentir de primera mano la imponente presencia de Historia.

Hace solo unos momentos, solo había dos guardias en la puerta principal, pero ahora docenas de ellos habían salido corriendo y saludaban al unísono.

Eso no era todo.

Incluso aquellos que esperaban en la larga fila para la inspección lanzaban miradas de admiración a Historia.



«Realmente es popular».

Historia, sin embargo, se limitó a asentir con indiferencia, como si estuviera acostumbrada a ello.

Alon chasqueó la lengua para sus adentros, aunque solo por un momento.

«Pero ¿quiénes son estas personas?».

Los beastkin comenzaron a centrar su atención en el grupo de Alon....

Más concretamente, sus miradas se fijaron en Alon.

La razón era obvia.

Era por la cola que Historia había enrollado alrededor de la cintura de Alon.

Sintiéndose extrañamente avergonzado, Alon intentó decir algo...

—Hemos venido a ver a Urang.

—¿Su Majestad... dices?

—Sí.



Con solo esa única observación de Historia, los guardias dejaron entrar a Alon y a sus compañeros en la capital sin más inspecciones.

Alon volvió a sentir una oleada de curiosidad.

Ya estaba claro que su posición social aquí era impresionante, basándose en lo que había visto hasta ahora.

¿Pero llamar a un rey por su nombre sin que nadie se opusiera?

Ahora sentía verdadera curiosidad por saber cuán alto era realmente su estatus.

«Estoy seguro de que dijo que la última vez recibió un trato "razonable" aquí...».

Pensando eso, Alon miró a Historia.

—¿Qué?

Como si sintiera su mirada, ella ladeó la cabeza con su habitual expresión ausente.

Él aún no se acostumbraba al contraste.

Entonces...

—Saludamos a la gran raza.



Apenas habían entrado en la capital cuando los funcionarios, que parecían estar esperando, salieron a recibir a Historia.

Solo por su vestimenta, estaba claro que eran personas de alto rango.

Sin embargo, incluso ante ellos, que se inclinaban respetuosamente,

«Vamos».

Historia solo asintió levemente y siguió adelante sin dudar.

El grupo siguió a los funcionarios hacia el corazón de la capital.

Finalmente, un enorme palacio apareció a lo lejos.

Un palacio tan abrumadoramente grande que hacía insignificante cualquier comparación con otros edificios.

«Está ahí dentro».

Historia dio una breve explicación y condujo al grupo en esa dirección.

Tan pronto como entraron en el palacio,

—Estaré fuera un rato.



—¿Tienes que ir a algún sitio?

—Sí.

—Ya veo.

Sin más explicaciones, se marchó.

A pesar de su expresión ausente, se alejó con decisión.

Después de que se marchara, Alon siguió a los funcionarios hasta una puerta gigante.

Cuando la puerta se abrió, se vio a un hombre sentado al otro extremo de la sala.

Un trono dorado, colocado en el punto más alto para simbolizar la autoridad real...

Sentado en él había un hombre lobo cuya presencia irradiaba majestuosidad.

Recordando que muchos de los funcionarios también eran hombres lobo, Alon pensó: «¿Seolrang también era un hombre lobo?», y se inclinó.

«Alon Palatio saluda al gobernante de una nación».

Un saludo conciso.



Pero incluso eso parecía transmitir algo, ya que el rey dejó escapar un suave «Oh» de reconocimiento.

«¿Así que tú eres el marqués Palatio?».

«Así es».

«Increíble. No esperaba que vinieras en este momento».

Urang, el rey de la nación oriental.

Al ver su reacción intrigada, Alon se quedó momentáneamente perplejo, pero pronto comprendió la razón detrás de ella.

«Debe ser por las criaturas marinas».

Más precisamente, no solo por las criaturas marinas, sino por los monstruos invasores de las profundidades marinas.

Al recordar las palabras de Hazad, Alon recordó que las rutas comerciales se habían interrumpido a causa de ellos.

—Bueno, ahora tu timing no importa realmente.

—Gracias por tu bienvenida.

—Te la mereces. Te he estado esperando.



El rey esbozó una breve sonrisa y tarareó pensativo.

«Normalmente, lo correcto sería dejarte descansar antes de discutir los asuntos... pero ¿qué te parece? Si lo prefieres, podemos pasar directamente a la conversación».

Se ofreció a ir directamente al grano.

Alon asintió sin dudarlo.

«Me parece bien».

«Me alegra de que estemos de acuerdo».

Satisfecho con la respuesta de Alon, el rey asintió y dijo:

«Todos los demás, dejadnos solos. Ah, y lo siento, pero me gustaría que incluso vuestros compañeros salieran fuera».

«Esta es una conversación que debe quedar entre nosotros dos», añadió mientras daba la orden de despejar la sala.

Mientras el grupo de Alon intercambiaba miradas, los soldados y los funcionarios se retiraron de la sala de audiencias sin dudarlo un instante, como la marea bajando.

Al ver esto, Alon asintió ligeramente a sus compañeros, y Radan y Penia, junto con el resto, hicieron lo mismo y salieron.



Ahora solo quedaban ellos dos en la sala.

Se produjo un breve silencio.

«Por fin podemos hablar».

El rey soltó un ligero suspiro y se levantó de su asiento, caminando hacia Alon.

Paso a paso...

Bajando las escaleras, Urang finalmente se detuvo ante Alon.

A pesar de haber bajado los escalones, seguía siendo tan alto que Alon tuvo que estirar el cuello para mirarlo.

Incluso dejando de lado la presión instintiva que desprendía...

«¿Qué está pasando?».

Alon no pudo evitar ponerse tenso cuando el rey bajó repentinamente del trono para acercarse directamente a él.

Pero esa tensión solo duró un momento.

Antes de que pudiera procesar la situación...

Urang, rey de la Nación Oriental, se inclinó profundamente ante él.



«...?»

Incluso Alon, que rara vez mostraba mucha expresión, no pudo ocultar del todo su sorpresa.

«Como descendiente de la gran Nación Oriental, rindo homenaje al salvador del pasado».

«... Ah».

Alon dejó escapar un suspiro silencioso ante esas palabras inesperadas.

«Gracias por comprender la necesidad de despejar la sala».

Solo entonces Alon se dio cuenta de por qué el rey había ordenado a todos que salieran de la sala.

«No, en absoluto. Al fin y al cabo, se trata de un asunto muy importante».

«Gracias. Si la situación interna fuera tranquila, quizá sería otra cosa... pero dada la situación...».

Al oír las palabras de Urang, Alon recordó que en ese momento se estaba produciendo una rebelión en la Nación Oriental.

«Aunque no conozca todos los detalles, en momentos como este, la autoridad del rey se vuelve aún más crucial».



Alon no era alguien con una mentalidad noble.

Pero, habiendo vivido como un noble, también comprendía lo importante que era la autoridad en tiempos de inestabilidad nacional.

«Por cierto, ¿te enteraste de mí por Historia?».

Cuando Alon le preguntó, Urang negó con la cabeza.

«No, no lo sé».

«Entonces...?»

«Es algo que transmitió el quinto antepasado de la Nación Oriental».

«¿El quinto antepasado?»

«Se le conocía como el rey Sua y su nombre era Rangban».

Al oír el nombre que salió de la boca de Urang, Alon exhaló un suspiro silencioso.

Era un hombre bestia al que conocía muy bien.

—Rangban...

Una extraña emoción se apoderó del pecho de Alon.



A pesar de que se le llamaba «antepasado», Alon tenía recuerdos muy vívidos de él.

—Gracias a la historia que transmitió a sus descendientes, he podido expresarle mi gratitud en persona de esta manera.

Asintiendo con la cabeza ante la explicación, Alon preguntó: —¿Es esa la razón por la que quería verme? ¿Para darme las gracias?».

«Sí, así es. Pero esa no es la única razón. La razón principal por la que solicité verte es porque tengo algo que transmitirte».

«¿Algo que transmitir... de parte de Rangban?».

«Sí. Rangban lo repitió una y otra vez. Que este mensaje debía ser entregado a ti y que nunca debía ser olvidado mientras existiera la Nación Oriental».

Dicho esto, Urang sacó algo de entre sus túnicas y se lo entregó a Alon.

Mientras Alon cogía el magatama (joya con forma de coma) blanco, Urang le transmitió el mensaje de Rangban.

«En el norte de la Nación Oriental, donde hay cuatro pares de árboles sarasu, yace dormido alguien que puede ayudarte».

«Eso es...».



—Sí, ese es el mensaje que el antiguo rey te dejó a través de sus descendientes.

—¿Qué hay en ese lugar?

—Conozco su ubicación y puedo guiarte hasta allí si lo deseas, pero no sé qué hay dentro. Simplemente lo hemos conservado.

—¿Eso también era voluntad de Rangban?

«Sí. Nadie excepto tú, Alon, puede entrar en ese lugar. Se ha vigilado teniendo eso en cuenta».

Al escuchar la explicación de Urang, Alon miró la joya en forma de coma y preguntó: «¿Cuándo podemos ir allí?».

«Si lo deseas, podrías partir ahora mismo, pero teniendo en cuenta la distancia, quizás sea mejor salir mañana».

Alon levantó la cabeza y miró a su alrededor.

Antes de que se diera cuenta, las paredes del palacio se tiñeron de un profundo tono carmesí por la luz del atardecer.

Parecía más prudente partir después de hacer los preparativos.

Así, la conversación llegó a su fin con Alon aceptando la propuesta de Urang.

—Entonces, descansa bien.

Tras despedirse, Alon salió al exterior.

Al sentir una mirada fija en él, Alon giró la cabeza hacia la dirección sospechosa...

«¿?»

A lo lejos, sus ojos se encontraron con los de un hombre que lo miraba con abierta hostilidad.

Era visiblemente más joven que los demás beastkin y vestía de forma tan extravagante que su presencia destacaba incluso desde lejos.

Le lanzaba una mirada tan fría a Alon que era obvio para cualquiera lo mucho que lo detestaba.

Luego, sin decir una palabra, frunció el ceño, se dio la vuelta y desapareció de su vista.

«... Ese mocoso no tiene modales».

Penia, que se había acercado a él sin que se diera cuenta, maldijo entre dientes, expresando su descontento.

Evan, que estaba a su lado, asintió con la cabeza.

—Parece tener mi misma edad. Probablemente sea un príncipe.



—¿Cómo lo sabes?

—Piénsalo. Alguien que puede pasearse por aquí con esa actitud, que claramente lleva una vida fácil y que, además, es joven... las posibilidades se reducen bastante.

«... Vaya, qué agudo».

«Je, soy bastante inteligente, ¿sabes?».

«No, no tanto».

Mientras su charla fluía con naturalidad, Penia calló a Evan con un comentario y luego frunció el ceño, murmurando como si algo le molestara.

«Pero... hay algo que no me cuadra».

«¿Qué no te cuadra?».

«Sí, hmm~».

Penia miró fijamente el lugar donde había desaparecido el príncipe y se sumió en sus pensamientos.

Pero antes de que pudiera dar sentido a sus sospechas...

—Hermano.



—¿Qué pasa?

—¿Debería matarlo?

Radan, haciendo eco de las palabras de cierta persona, propuso casualmente asesinar al príncipe (?) desde dentro del palacio.

—No hagas eso.

Alon suspiró en silencio y presionó suavemente el hombro de Radan.

Y así, sin más, terminó protegiendo (?) la vida del hombre que se suponía que era un príncipe.

Al poco tiempo, llegó la mañana siguiente.

—Bueno, entonces, yo te guiaré desde aquí.

Alon y su grupo partieron hacia el lugar donde se escondía el secreto de Rangban.